

La primacía de la política

Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN

Alfredo Pucciarelli
(editor)



Edudeba

UBA-1999 - Buenos Aires

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Introducción

Alfredo Raúl Pucciarelli..... 7

PRIMERA PARTE

Memorias del Gran Acuerdo Nacional

Dilemas irresueltos en la historia reciente de la sociedad argentina
Alfredo Raúl Pucciarelli..... 23

El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo
y el Gran Acuerdo Nacional
Gonzalo de Amézola..... 57

Las artes del asedio y de la negociación. Perón y el lanzamiento del Frente
Cívico de Liberación Nacional
Juan Alberto Bozza..... 117

Cámpora al gobierno, Perón al poder. La tendencia revolucionaria
del peronismo ante las elecciones del 11 de marzo de 1973
María Laura Lenci 167

SEGUNDA PARTE

Una sociedad desafiante

Protesta social y "Nueva Izquierda" en la
Argentina del Gran Acuerdo Nacional
María Cristina Tortti..... 205

Post Scriptum: la construcción de un campo temático
María Cristina Tortti..... 231

Vanguardia y revolución: acciones y definiciones
por una "nueva estética". Argentina, 1968
Ana Longoni y Martano Mestman..... 235

La expansión de los límites de lo posible. El itinerario de una experiencia innovadora
en salud mental a fines de los '60
Mauricio S. Chama..... 265

Un cruce de palabras: La Opinión ante las elecciones del '73
Ana Julia Ramírez 313

Cámpora: primavera-otoño. Las tomas
Flabián Nievas 351

PROTESTA SOCIAL Y "NUEVA IZQUIERDA" EN LA ARGENTINA DEL GRAN ACUERDO NACIONAL

María Cristina Tortti*

Hasta hace muy poco tiempo era notoria la ausencia de debate sobre los años '70, tanto en el ámbito académico como en la mayor parte de los discursos políticos. Aprisionados entre los "dorados" sesenta y el horror de la dictadura, los procesos de activación social y radicalización política eran objeto de un tratamiento escaso y fragmentario, generalmente reducido al accionar de las organizaciones armadas. A la vez, la revalorización de las formas democráticas proyectó sobre aquellos años un juicio fuertemente condenatorio que, convertido en "sentido común", contribuyó a que los intentos de revisión fueran relegados a la periferia de las "opiniones personales" y convertidos en cuestiones cuasi privadas. Rodeados por el cordón poderoso e invisible que encierra aquello "de lo que no se habla" escaparon a la posibilidad del análisis y del verdadero debate.

Sin embargo, últimamente -de manera notoria a partir del XX aniversario del golpe de estado de 1976-, una corriente cada vez más intensa parece empujar la cuestión hacia la superficie, alimentada por el impacto que generaron algunos trabajos histórico-testimoniales así como otros de carácter artístico, literario o periodístico, que alcanzaron gran difusión.¹

Este interés por los '70 -y los interrogantes que suscita- desafían a las Ciencias Sociales y a la Historiografía, que aún no les han dado un tratamiento adecuado. En consecuencia, el debate suscitado tiende a permanecer encerrado entre perspectivas que reproducen una visión maniquea de aquella etapa de la vida política nacional.

Una de ellas, impulsada por la necesidad de rescatar los valores de la generación que fue protagonista principal de los acontecimientos, abona una especie de leyenda heroica que tiende un velo sobre las causas que llevaron a la catastrófica derrota de su proyecto político. En contraposición, la otra condena cerradamente ese pasado: una suerte de "ira sagrada" lleva con frecuencia a sus sostenedores a esgrimir las armas de la descalificación del contrincante o a ridiculizar opciones políticas cuando se asocia revisión con reivindicación y se percibe un amenazador "regreso del pasado".²

Tanto la reivindicación acrítica de la experiencia revolucionaria como su condena en bloque resultan particularmente graves cuando se producen en el campo intelectual, y cuando sus sostenedores no pueden eludir un punto de vista fuertemente autorreferencial ni la tendencia a sustentar las argumentaciones en términos de la propia biografía.

Otra es la posición que se aprecia en algunos trabajos, que asumiendo esos riesgos, contienen esfuerzos consistentes para volver más productivo el debate sobre los '70.³ Sin desconocer el peso de la "inevitable" crispación ético política provocada por "una época cuyo sentido no es inerte" permiten que esa tensión valorativa deje espacio para el análisis, y para que las cuestiones comiencen a ser procesadas apelando al instrumental teórico y metodológico que posibilite examinarlas de una manera más sistemática.

Animado por esta convicción, el presente trabajo -y el proyecto del que forma parte- se propone reconstruir el escenario sociopolítico de la Argentina pos-1969, cuando a partir del Cordobazo, una intensa marea opositora trastocó severamente los planes de la Revolución Argentina y mostró el fracaso de su fórmula para superar la crisis que la sociedad y el Estado arrastraban desde el derrocamiento del peronismo.⁴

* Centro de Investigaciones Socio Históricas, UNLP-UBA.

¹ Nos referimos a trabajos como los de BONASSO, M., *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, 1997, o el de CAPARRÓS, M. y ANGUITA, E.: *La Voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1997; novelas como la de Heker, L.: *El fin de la historia*, Buenos Aires, Alfaguara, 1996; películas como *Cazadores de Utopía*, dirigida por M. Blaustein (1996); la aparición de una revista de divulgación como "Los 70"; y a numerosas entrevistas, comentarios y discusiones publicadas en diarios y revistas de amplia circulación. Cabe mencionar también a textos y películas dedicados a la figura de Eva Perón en los dos o tres últimos años.

² Importantes componentes de este debate se encuentran en la revista *Punto de Vista* N° 55 (Buenos Aires, 1996) y N° 58 (Buenos Aires, 1997), y en la revista *Confines* N° 13 (Buenos Aires, 1996) y N° 14 (Buenos Aires, 1997).

³ Nos referimos en particular a: ALTAMIRANO, C.: "Montoneros", revista *Punto de Vista* N° 55, 1996; TERÁN, O.: "Pensar el pasado", revista *Punto de Vista* N° 58, 1997; Casullo, N.: "Los años 60 y 70 y la crítica histórica" revista *Confines* N° 14, 1997.

⁴ Se trata del Proyecto "Conflictos sociales e inestabilidad política. Argentina 1966-73" dirigido por el Dr. A. Pucciarelli.

La secuencia que -en el proyecto militar- enlazaba idealmente "modernización" del capitalismo argentino, disciplinamiento de la sociedad y posterior institucionalización política, se volvió decididamente inaplicable. Una vez más, los sectores dominantes tropezaban con la evidencia de su incapacidad para generar crecimiento, orden y legitimidad, y el viejo fantasma de la ingobernabilidad de la sociedad argentina adquiría ahora formas inquietantes.

La masividad de la protesta social y la creciente radicalización de la práctica política, mostraban una sustancial modificación en las expectativas de la sociedad a la que el gobierno de las FF.AA. había pretendido modelar: estilos y consignas que hasta hacía poco habían sido patrimonio de grupos de reducida dimensión, se expandían ahora de manera inquietante, constituyendo una verdadera "novedad" en la vida política argentina. Este clima de efervescencia social y el crecimiento de grupos y organizaciones de la llamada "Nueva Izquierda" ("NI"), hicieron que los sectores más lúcidos de las Fuerzas Armadas vislumbraran que ya no se trataba solamente de resolver "el problema del peronismo» y, menos aún, de seguir pensándolo en sus viejos términos. Ahora, por fuera y por dentro de ese movimiento crecían tendencias que planteaban sus demandas hablando el lenguaje de la "liberación nacional" el "socialismo" y la "revolución" e involucraban no sólo a la clase obrera sino también a importantes franjas de los sectores medios.

Nuestra atención se orienta hacia ese conglomerado de fuerzas sociales y políticas que, desde fines de los años sesenta, produjo ese intenso proceso de protesta social y de agitación política por el cual la sociedad argentina pareció entrar en un proceso de contestación generalizada.

El enfoque que proponemos presenta el atractivo y la dificultad de recortar a un sujeto en proceso de constitución, socialmente heterogéneo, y que oscila entre movimiento social y actor político. Como sujeto emergente, su energía se manifestó tanto en el estallido espontáneo como en la revuelta cultural, y en la militancia política tanto como en el accionar guerrillero. Como actor político renovador y contestatario, ocupó un lugar desde el cual la oposición a la dictadura se precipitó desafiando las formas habituales de la vida política argentina.

Múltiples lazos conectaban al movimiento propiamente político con las variadas formas de la protesta y con procesos de "subversión institucional" que fueron típicos de aquellos años. Un lenguaje compartido, y un común estilo político, daban cierta unidad "de hecho" a grupos que provenían del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de los sectores católicos ligados a la teología de la liberación.

Pese a la diversidad de las tradiciones político-culturales de las cuales provenían estos grupos, las acciones y los discursos que producían resultaban convergentes en la manera de oponerse a la dictadura y en sus críticas al "sistema", y esa convergencia potenciaba su accionar. Además, la multiplicidad de los lazos que sus componentes desarrollaron contribuyó a que fueran percibidos -y se percibieran a sí mismos- como partes de una misma trama: la del campo del "pueblo» y de la "revolución".

Pensamos que fue esa conjunción la que generó una sensación de "amenaza» en el gobierno, y que esa percepción se encuentra en el origen del viraje político producido por Lanusse al convocar al Gran Acuerdo Nacional (GAN). La audacia de esa estrategia, radicó en proyectar la reinserción del peronismo en el sistema político, como operación destinada a aislar a los elementos más radicalizados y devolver legitimidad a la acción estatal, encauzar la conflictividad social y política dentro de los marcos de la democracia parlamentaria y del sistema de partidos, e intentar que la oposición a la dictadura se desgajara de las impugnaciones al "sistema".

Desde esa perspectiva, para conjurar la amenaza era necesario frustrar -o detener- la confluencia entre la izquierda social y la izquierda política que, según se pensaba, podrían llegar a constituir una corriente orgánicamente unificada.

La iniciativa estatal se propuso entonces generar un movimiento inverso al que venía describiendo la sociedad que, de la oposición política a la dictadura, se había deslizado hacia una impugnación más global del orden social. Así es como, pese al auge de la movilización y de la guerrilla, y a la virulencia del enfrentamiento entre Lanusse y Perón durante los años 1971 y 1972, puede pensarse que la paulatina consolidación del GAN fue la contracara de un molecular, y tal vez imperceptible, proceso de debilitamiento de los lazos que conectaban a los sectores sociales activados con las vanguardias revolucionarias.

A modo de breve revisión

La trascendencia y complejidad de los fenómenos que estamos evocando, no tiene aún un adecuado correlato en el nivel de los estudios socio-históricos, aunque como ha sido señalado, muy recientemente la tendencia parece haber comenzado a revertirse. Sin embargo, debido al carácter fragmentario y escaso del conocimiento, no puede aún hablarse de un campo temático plenamente constituido.

Una primera revisión de la bibliografía muestra la coexistencia de algunos detallados estudios "de caso" con otros trabajos que, si bien contienen interpretaciones más ambiciosas y globales del período, no siempre cuentan con suficiente apoyatura empírica.

En algunos casos, esas interpretaciones son parte de estudios que tiene por objeto explicar el proyecto de la Revolución Argentina y las razones de su fracaso, o el conflictivo proceso abierto a partir del 25 de mayo de 1973. En consecuencia, el período y los procesos que aquí nos interesan, no alcanzan a adquirir entidad, más allá de su carácter de etapa final o antecedente de otros a los que se considera principales. Sin embargo, y debido justamente al auge de la protesta y de la "NI" el período previo al lanzamiento del GAN suele ser caracterizado en términos de "crisis de hegemonía" "del Estado", "de la dominación social" o "de la sociedad populista" según los autores.⁵

En estas interpretaciones, cercanas a la idea de "crisis revolucionaria" aparece cierta la dificultad a la hora de dar cuenta de la posterior y masiva participación popular en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Se recurre entonces, por lo general, a la idea del "desvío" que ese movimiento habría sufrido respecto de sus contenidos más radicales. Pero, tanto la emergencia del movimiento de protesta y de la "NI" como el posterior "desvío" por los cauces del proceso eleccionario, suelen aparecer como datos o constataciones, sin la suficiente profundización en las razones que lo hicieron posible. Quedan así en relativa oscuridad, la naturaleza de los actores y el papel que sus estrategias jugaron en el campo de fuerzas del que formaron parte.

Otros autores, con hipótesis menos abarcativas, abordaron el fenómeno de la "NI" desde diferentes ángulos. Algunos centraron su atención en la constitución de la "NI cultural" de los '60, como antecedente significativo -o tramo inicial- del proceso de politización desatado a partir del Cordobazo.⁶ Uno de sus aportes fundamentales radica en haber reconstruido ese peculiar cruce entre modernización cultural, compromiso político e ideas revolucionarias, que produjo tan significativos efectos en la década posterior.

En otros trabajos se tiende a circunscribir el fenómeno de la "NI" a las organizaciones guerrilleras, atendiendo tanto al impacto que la violencia tuvo sobre el sistema político como al efecto que determinados "imaginarios" habrían tenido en el desencadenamiento de la acción política violenta. También se suele explorar en el pasado nacional buscando las causas que habrían hecho posible la legitimación social de la violencia, destacándose la continuidad de ciertos rasgos en la cultura política argentina.⁷ Cabe señalar que en dichos trabajos, sobre todo los elaborados durante los años '80, la revisión del período que nos ocupa fue encarada desde una marcada revalorización de las formas democrático-parlamentarias y tendiendo a enfatizar las diferencias entre la movilización social y el accionar político-militar de las organizaciones armadas. La primera suele ser vista como "espontánea" y "legítima" mientras en que en el segundo caso se marcan como rasgos diferenciales "el endiosamiento de la violencia" y el "intento de implantarse" en los movimientos sociales, con lo cual habrían obstruido el natural desarrollo de sus contenidos democratizantes. Pocas veces se presta atención al hecho de que las organizaciones armadas crecieron manteniendo múltiples lazos con el movimiento de protesta que se expandía en la sociedad.

Por otra parte, se encuentran estudios más particularizados que reconstruyen acontecimientos como el Cordobazo y otras puebladas,⁸ o hilvanan la historia de grupos tales como el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo,⁹ el "clasismo" en el movimiento sindical,¹⁰ o las organizaciones armadas.¹¹

⁵ PORTANTIERO, J. C.: «Economía y política en la crisis argentina» *Revista Mexicana de Sociología* N° 12, México, 1977; O'DONNELL, G.: *El estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1981; DE RIZ, L.: *Retorno y derrumbe*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

⁶ TERÁN, O.: *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; SIGAL, S.: *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; VERÓN, E.: *Imperialismo, de clases y conocimiento*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974; HORA, R. y TRÍMBOLI, J.: *Pensar la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994; VVAA, *Cultura y política en los años '60*, Publicaciones del CBC-UBA, Buenos Aires, 1997.

⁷ HILB, C. y LUTZKY, D.: *La nueva izquierda argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1984; OLLIER, M. M.: *Orden, poder y violencia*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1989 y *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, CEAL, 1986; SIMARO, R.: "Ideologías y violencia política" Buenos Aires, revista *El Bimestre* N° 139, 1988.

⁸ BALVÉ, B. y MURMIS, M.: *Lucha de calles. Lucha de clases*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1973; DELICH, E.: *Crisis y protesta social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; BALVÉ, B. C. y BALVÉ, B. S. *El '69. Huelga política de masas*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989; ALTAMIRANO, C.: «Memoria del '69», Córdoba, revista *Estudios* N° 14, 1994; BRENNAN, J.: *El Cordobazo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; AUFANG, L.: *Las puebladas: dos casos de protesta social*. Cipolletti y Casilda, Buenos Aires, CEAL, 1989; CRENZEL, E.: *El Tucumanazo*, Buenos Aires, CEAL, Buenos Aires, 1991; etcétera.

⁹ PONTORIERO, O.: *Sacerdotes para el Tercer Mundo: el fermento de La masa*, CEAL, Buenos Aires, 1991; Vemazza, J.: *Una vida con los pobres: los curas villeros*, Buenos Aires, Guadalupe, 1989; MARTIN, J. P.: "El

Por lo general, se trata de trabajos basados en abundante material testimonial y que permiten, además, acceder a importantes fuentes documentales. Desde el punto de vista de la interpretación, algunos sugieren explicaciones centradas en el conflicto de clases, mientras que otros ponen el acento en los aspectos culturales y en su incidencia sobre los fenómenos políticos.

También interesa mencionar aquí trabajos recientes como "La Voluntad",¹² "Mujeres guerrilleras",¹³ "Los perros",¹⁴ en los cuales -mediante construcciones narrativas cercanas a la biografía o al relato testimonial- se muestran las conexiones entre los diversos ámbitos de la "NI" no tanto como fruto de sofisticadas diagramaciones, sino sobre todo por efecto de una intensa circulación de ideas y personas, convencidas de que había sonado la hora de la revolución y deseosas de cumplir un papel en ella.

Desde nuestro punto de vista, y a modo de síntesis, diremos que no nos parece adecuado circunscribir el fenómeno de la «NI» a sus expresiones estrictamente políticas -o político-militares-, y menos aún presentarlas exagerando sus diferencias con el movimiento de protesta social. Pero tampoco nos resulta apropiado forzar la identidad de fenómenos que, si bien mantenían nexos, carecían de esa casi perfecta continuidad entre intereses de clase y acción política que algunas perspectivas teóricas tienden a adjudicarles.¹⁵

Este trabajo, atendiendo al estado del conocimiento se propone comentar la bibliografía existente, sometiéndola a los propios interrogantes y esbozando algunos criterios interpretativos de carácter general, con la esperanza de que puedan ser de utilidad para algunas de las investigaciones en curso.¹⁶

En tal sentido nuestro interés apunta a:

1. Detectar los *puntos de ruptura* a partir de los cuales la sociedad argentina pareció entrar en un proceso de contestación generalizada, así como la influencia ejercida por ideas y experiencias modernizantes y revolucionarias, en curso en el contexto internacional.
2. Identificar el complejo de prácticas, ideas y expectativas que actuando como *zonas de intersección*, permitieron que una amplia variedad de grupos y tendencias construyeran su identidad como integrantes del "campo popular y revolucionario".
3. Echar luz sobre los *objetivos efectivamente perseguidos* por esos actores, sin dar por descontado que una práctica política radicalizada exprese, en todos los casos, metas de carácter "revolucionario".
4. Avanzar hacia interrogantes más complejos referidos a las razones por las cuales *toda esa energía social renovadora no logró constituir un actor político unificado ni liderar de manera autónoma al conjunto de los sectores activados*.

La revuelta cultural

El clima contestatario que se expandió a partir del Cordobazo, tenía una de sus raíces en el campo intelectual y cultural propio de los años '60, cuando la sociedad se encontraba inmersa en un proceso de "modernización" totalmente contradictorio con el autoritarismo gubernamental y su política cultural oscurantista. Dicha modernización abarcaba desde la modificación de los estándares de vida hasta los hábitos de consumo y las expectativas de ascenso social; desde la transformación de las costumbres, el nuevo papel de la mujer y la nueva moral sexual, hasta la alteración de las relaciones dentro de algunas instituciones

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", *Revista de Teología Latinoamericana* N° 41/42, Buenos Aires, CEAL, 1991.

¹⁰ BRENNAN, J.: op. cit.; DUVAL, N.: *Los sindicatos clasistas. Sitrac (1970-71)*, Buenos Aires, CEAL, 1988; GODIO, J.: *El Movimiento Obrero Argentino*, Buenos Aires, Legasa, 1989; BERROTARÁN, P y POZZI, P. (c): *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina. 1955-1989*, Buenos Aires, Letra Buena, 1994; JAMES, D.: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-76*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

¹¹ SANTUCHO, J.: *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; SEOANE, M.: *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1991; GILLESPIE, R.: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987; MATTINI, L.: *Hombres y mujeres del P.R.T.-E.R.P.*, La Plata, La Campana, 1995.

¹² CAPARRÓS, M. y ANGUITA, E.: op. cit.

¹³ TIANA, M.: *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

¹⁴ POZZI, P.: "Los perros: la cultura guerrillera del P.R.T.-E.R.P.", Buenos Aires, revista *Taller* N° 12, 1996.

¹⁵ Nos referimos, en el primer caso, a los enfoques citados en la nota 7, y en el segundo, a interpretaciones del tipo de la contenidas en trabajos como los de BALVÉ B., op. cit., o MARÍN, J. C.: *Los hechos armados*, Buenos Aires, CICSO, 1984.

¹⁶ Nos referimos a las investigaciones en curso dentro del ya mencionado Proyecto "Conflictos sociales..." y a las que realizan los miembros del Taller "Crisis o decadencia. Transformaciones recientes de la sociedad argentina", Fac. de Ciencias Sociales, UBA.

tradicionales como la familia y la escuela. La difusión del psicoanálisis y la creación de carreras universitarias "modernas" -como Sociología-, junto con el "boom" de la literatura latinoamericana y el florecer de múltiples expresiones artísticas, dejaron también su marca a lo largo de los sesenta.

Pero además, esta secularización de matriz desarrollista se cruzaba con los aires libertarios de la época, y con la fuerte creencia en que la crisis nacional era producto de la dependencia y el atraso y que sólo podría ser superada con socialismo. Liberación nacional, socialismo, impugnación a la sociedad de consumo y sus efectos alienantes; construcción del "hombre nuevo" -personificado en la figura del Che Guevara- fueron algunos de los temas que tiñeron no sólo la discusión política sino también la producción académica, la literatura, el arte y hasta el cancionero popular de la época.

Para muchos intelectuales, el tema del "compromiso" pasó a ser una cuestión crucial. Los debates acerca del papel que debían cumplir en la sociedad evolucionaron desde las posiciones de simpatía por la "causa del pueblo" hasta el desafío de encarar la práctica política, incluyendo muchas veces, un cierto desdén por la tarea intelectual.¹⁷

Por lo general, se señala que la "apertura" cultural estuvo vinculada con la receptividad de los intelectuales ante ciertos temas de amplia circulación en el mundo occidental. Uno de ellos, replanteaba la relación entre cultura y política bajo la fuerte influencia del pensamiento de J.P. Sartre y de F Fanon; otro tema de capital importancia provino del impacto producido por la Revolución Cubana que puso a la orden del día la cuestión de la posibilidad -e inminencia- de la revolución, y actuó como rotundo mentís a las estrategias "reformistas".

Potenciando lo anterior, la polémica chino-soviética, los debates sobre el stalinismo y la renovación que se estaba produciendo en el marxismo occidental, contribuyeron al descrédito de los partidos de la izquierda tradicional. En el interior de esos partidos, sobre todo entre los militantes más jóvenes, brotó con singular fuerza la necesidad de revisar la experiencia de la izquierda en relación con el movimiento social, en particular con el peronismo. Este complejo proceso condujo a reinterpretar la historia, en particular la de la clase obrera, y a "descubrir" aspectos y potencialidades revolucionarias en el peronismo: a partir de ese momento, una amplia franja de la izquierda se "peronizó".

Esas diversas líneas de pensamiento, al cruzarse, tuvieron el efecto de un poderoso revulsivo, y dieron lugar a la emergencia de grupos y tendencias que las combinaban de manera diversa y generalmente ecléctica. Pese a la diversidad, todos pueden ser considerados como partes de un mismo movimiento, en la medida en que compartían objetivos y metodologías de tipo radical. Aunque partieran de posiciones cristianas, nacionalistas, peronistas o de izquierda, las unificaba el deseo del "compromiso" -entendido como urgencia por involucrarse en la vida política-, la confianza en las virtualidades revolucionarias del pueblo y la creencia en que era necesario contar con una "vanguardia" que, representando sus intereses, tomara la iniciativa en la lucha. Finalmente, como ha sido dicho, todos formaban parte del «partido cubano».¹⁸

Puede pensarse que en buena medida, "el país peronista" -con sus antinomias políticas y sus aspiraciones- estaba siendo dejado atrás, aunque se reivindicara el papel progresivo de ese movimiento de masas. Contribuyeron a este cambio, no sólo las nuevas corrientes culturales, sino también la maduración de procesos sociales que habían tenido origen en aquel país que, además de haber integrado a los sectores populares, les había dado el impulso inicial en la carrera por el ascenso social. Muchos hijos de la generación del '45 accedían a la vida universitaria y a los círculos intelectuales: provenientes de ámbitos que carecían de esa tradición, acentuaron así la ruptura con el mundo de sus padres.

El claro pasaje de esos intelectuales a la práctica política se dio entre los años 1968-69 cuando, entre otras cosas y al decir de O. Terán, la rebelión de París "se vivió como un hecho local" y luego el "Cordobazo" mostraría que la revolución era posible en la Argentina. Este autor, al dar cuenta de la emergencia de la "nueva izquierda intelectual" y de su relación con el fenómeno más general de la "NV", destaca que en nuestro país el debate sobre el "compromiso" se imbricó con un proceso de "autoculpabilización" por parte de los intelectuales. Estos, habrían vivido su condición como "privilegio" y "separación" respecto del pueblo, no sólo por su situación social, sino especialmente, por su ubicación política, que les habría impedido comprender el fenómeno del peronismo. Por esta razón, la asunción del compromiso habría incluido una suerte de "rescate" y valorización de aquello que no había sido entendido.¹⁹

Si se desarrollara esta perspectiva, sería posible dirigir la atención hacia el hecho, aparentemente paradójico, de la absorción de importantes sectores de la izquierda radicalizada por la estrategia diseñada por Perón para su movimiento, a partir del lanzamiento del GAN. La "autoculpabilización", la necesidad de

¹⁷ Ver nota 7.

¹⁸ TERÁN, O., op. cit. y entrevista en Hora, R. y Trímbolí, J.: *op. cit.*; también: SIGAL, S.: *op. cit.*

¹⁹ *Ibidem.*

acercamiento a las luchas populares, y la idealización del peronismo, constituirían uno de los surcos por los que discurrió el pensamiento "radical", aun antes de que Perón hiciera el menor gesto de seducción política.

Muchas veces, en la bibliografía se percibe la dificultad que entraña dar cuenta de las razones de ese proceso. Suele aludirse a la maestría de Perón en el arte de la conducción política o a la persistencia de la adhesión hacia a él por parte de la clase obrera.

Sin embargo, creernos que no ha sido suficientemente analizado el peso y los efectos que ese proceso de "autoculpabilización" tuvo en el imaginario de esos grupos, y en el influjo que ellos ejercieron sobre amplios sectores juveniles que por entonces hacían su ingreso a la vida política.²⁰ Sería conveniente examinar más detenidamente el papel cumplido por aquellas corrientes y grupos que, por esos años y no sin cierta ambigüedad, comenzaron a definirse como "peronismo de izquierda"

Por otra parte, el tema de la "autoculpabilización" podría ser una interesante puerta de entrada para el abordaje de la dimensión psicosocial de las conductas políticas, necesidad muchas veces sugerida por autores que advierten la insuficiencia de analizarlas en términos puramente racionales. Rasgos típicos del accionar político de la época -"entrega", "heroísmo", "creencia en el triunfo", cierto dogmatismo, etcétera-, así como cierta disposición a "sustituir" a otros sujetos en el proceso revolucionario y a "acortar" los tiempos, tal vez permitan explicar mejor el vanguardismo o la creciente apelación a la violencia, que la simple alusión a la "eficacia de las ideas" revolucionarias.²¹

La "autoculpabilización" evocada por Terán, tanto como el "desprecio" que según J. C. Torre,²² sentían los jóvenes por la sociedad y la política de la Argentina posfrondizista parecen apuntar en esa dirección. Cabría preguntarse si ambas expresiones se están refiriendo a diversos aspectos de un mismo fenómeno, o si acaso cada una de ellas identifica el sentir de grupos generacionales diferentes, cuyo encuentro podría ubicarse a fines de los años sesenta.

Uno de los ámbitos en los cuales esta "revuelta cultural" impactó más fuertemente, fue en la izquierda tradicional que, a partir de allí, comenzó a fraccionarse dando lugar a los grupos y organizaciones de la llamada "NI".

Como ha sido señalado en la literatura, uno de los grupos que mejor ilustró el recorrido de la "NI intelectual" fue el de "Pasado y Presente"²³ que, habiendo partido de la reivindicación del trabajo crítico y creativo de los intelectuales y de la necesidad de crear una "nueva cultura" completó su recorrido a comienzos de los setenta, llamando a los intelectuales a "tomar partido" por alguna de las vanguardias, y tal vez a resignar ante ellas parte de aquella función crítica. Posiciones de este tipo son ilustrativas de la tendencia de muchos intelectuales revolucionarios que asumieron su compromiso identificándolo con la práctica política, y que a juicio de H. Leiss,²⁴ habrían ido reduciendo su papel al de "ideólogos" de las masas, y volviendo interno a las organizaciones el debate que dejaban de dar en el campo cultural.

Puede suponerse que en la base de esa actitud de repliegue, anidaba la difundida creencia populista en la superioridad de la capacidad espontánea de las masas, y en que la verdadera función crítica es la que ellas ejercen mediante su accionar político. Por este camino, la «verdad» de las masas -expresada en sus adhesiones políticas o en la línea de sus vanguardias- comenzó a marcar los límites de una cierta ortodoxia, más allá de los cuales el pensamiento autónomo podía comenzar a confundirse con la traición.

Una sociedad desafiante

Dentro de la serie de acontecimientos típicos de la activación social de la época, el "Cordobazo" aparece como paradigmático. Al igual que una serie de puebladas posteriores, puede ser visto como condensación de conflictos sociales y regionales, y calificado como episodio de protesta y movilización de carácter "ofensivo", en la medida en que sus reivindicaciones se expresaban en consignas que excedían lo sectorial, y buscaban resolverse avanzando hacia modelos progresivos de mayor participación, más libertad, más justicia social y política.

²⁰ En un artículo recientemente publicado se brindan sugestivas líneas de análisis para abordar esta cuestión:

ALTAMIRANO, C.: "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio" Quilmes, revista *Prismas* N° 11, 1997. Del mismo autor. "Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965), *University of Maryland at College Park*, Latin American Studies Center Series N° 6, 1992.

²¹ Es el caso de HILB, C. y LUTZKY, D.: *op. cit.*, y de otros autores que comparten similar enfoque.

²² TORRE, J.C., "A propósito del Cordobazo" Córdoba, revista *Estudios* N° 14, 1994.

²³ ARICÓ, J.: *La cola del diablo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988 y "La construcción de un intelectual", Buenos Aires, revista *Punto de Vista* N° 43, 1992. También: Fillipelli, R., José Aricó (video): *La Ciudad Futura*, primavera/verano 1995.

²⁴ LEISS, H.: *Intelectuales y política (1966-73)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

Emparentado sin duda con el clima de "contestación" de la época, el Cordobazo puede ser visto como parte de la rebelión contra el sistema" que se dio en casi todo el mundo.²⁵ Sin embargo, en nuestro país, a diferencia de otros, la protesta evolucionó rápidamente hacia una acción política de carácter masivo al articularse con la oposición que despertaba la dictadura militar. Ese rápido pasaje a la militancia política hizo que muchos jóvenes "movidos por el ideal de la «revolución"- ingresaran a organizaciones en las que fueron adoptando un estilo de vida austero, a veces rígido, y muchas veces heroico. Empujados por la situación política y acosados por la represión, les fue quedando escaso margen para que su rebelión fuera puramente cultural.

A veces, el Cordobazo ha sido comparado con la Semana Trágica de 1919 y con el 17 de Octubre de 1945, debido a la magnitud de la protesta popular.²⁶ Sin embargo, pueden marcarse algunas notables diferencias ya que, los sucesos de 1919 vinieron a cerrar un ciclo de agitación predominantemente obrera, mientras que lo sucedido en Córdoba abrió las compuertas a una movilización que -articulada sobre la confluencia obrero-estudiantil- se extendió por todo el país para alarma de las clases dominantes y de las Fuerzas Armadas que ocupaban el gobierno. Por otra parte, el componente de inorganicidad y espontaneidad de las jornadas de mayo del '69, así como la profundidad de las huellas que dejó en la memoria colectiva, llevan a compararlo también con el 17 de octubre. Si bien es cierto que ambos hechos modificaron significativamente el curso posterior de los acontecimientos políticos, no debería perderse de vista que los manifestantes de Córdoba -a diferencia de los del '45- no mantenían vínculos ni cifraban esperanzas de ningún tipo en miembros del elenco gubernamental o en algún elemento disidente dentro de las Fuerzas Armadas.

Un rasgo fundamental del día y del proceso que se abrió fue, para bien o para mal, la carencia de dirección política unificada. El Cordobazo alumbró el ingreso a la vida política de masas en proceso de atomización creciente, y como fuera observado, fue la primera manifestación popular desde 1945, en que no se corearon consignas peronistas, aunque indudablemente era peronista un alto número de los participantes.

Debe anotarse que para los sectores dominantes, el Cordobazo no fue solamente un susto; a la manera de los grandes sismos, después del temblor el paisaje había cambiado. Algunas cosas habían desaparecido, y otras nuevas afloraban. Todos se vieron, entonces, obligados a reubicarse, a revisar sus estrategias y a reexaminar sus sistemas de alianzas.

No solamente el Gobierno pasó por este proceso; también debieron hacerlo los partidos políticos -incluidos los de izquierda-, la dirigencia sindical, la Iglesia y los mismos sectores populares ya que, a partir de entonces, fueron objeto de una intensa disputa tanto por parte de las dirigencias tradicionales -que remozaban sus discursos- como de los nuevos grupos que, acelerando su radicalización, decidieron pasar a la acción y ubicarse a la vanguardia del movimiento de protesta.

En cualquier caso, el período que se abre con el Cordobazo y cierra en 1973, puede ser visto como el de la expansión de un movimiento que creció con la marca de su victoria inicial, simbolizada en el fin de la política económica de Krieger Vasena y en la posterior destitución de Onganía. De esta manera, la "nueva oposición" -o "NI"- fue radicalizando sus reclamos a medida que percibía una actitud defensiva en su adversario. Así fue pasando de la oposición a la "racionalización" capitalista y a la dictadura, a la impugnación del sistema mismo.

El entusiasmo, y la comprobación de la propia potencia, hicieron que, muchas veces, sobreestimara sus fuerzas y tendiera a confundir "retirada estratégica" con derrota, y que no advirtiera que aun estando en una difícil situación, los sectores dominantes y el gobierno intentaban mediante el GAN, ceder una parte ante el peligro de perderlo todo.

Las clases dominantes vivieron el pos-Cordobazo como "desafío", no sólo por el desarrollo de la violencia política, sino sobre todo, porque ésta aparecía al servicio de objetivos y sectores populares autonomizados y en estado de "contestación". Puede pensarse que inicialmente, el miedo de la burguesía se debió a la "novedad" de esa autonomía y a que el poder era enfrentado desbordando a las organizaciones

²⁵ Sobre los movimientos del '68 y la "nueva izquierda" a nivel internacional- BIRNBAUN, N.: "Qué podemos aprender de los movimientos del '68" Madrid, revista *El Socialismo del Futuro* N° 17,1990; HOBBSAWM, E.: *Revolucionarios*, Buenos Aires, Ariel, 1978; GILLY, A.: "1968: la ruptura en los bordes", Buenos Aires, *Cuadernos del Sur* N° 117, 1994; etcétera. Una característica del movimiento juvenil renovador apuntaba hacia una mayor libertad del individuo, frente a una sociedad "alienante"; además era hostil a toda forma de organización y disciplinamiento que pudiera coartar el desarrollo de las experiencias y de la felicidad personal. Estas tendencias que se vinculaban con cierta radicalización de ciertos principios liberales y se emparentaba con ideas de tipo anarquista, dieron el tono al París de 1968. Entre nosotros, esas ideas se articularon con la fuerte presencia de metas de carácter colectivo y con formas de organización que muchas veces aparecieron como contradictorias con los ideales irradiados por las juventudes de los países centrales.

²⁶ ROMERO, L. A.: *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, E. C. E., 1994.

gremiales y políticas establecidas. Por esta razón, la perplejidad alcanzó también a casi todas las organizaciones y dirigentes que no habían tenido capacidad para marcar con nitidez la frontera que debía separarlos de la Dictadura.

La sensación de "amenaza", que lo impregnaba todo, tenía algunos puntos particularmente sensibles. Por un lado, los trabajadores proclamaban objetivos "clasistas" y reasumían su posición en la sociedad sin la mediación del aparato sindical tradicional.

Por otro, desde la sociedad civil se daban muestras crecientes de desconocimiento de la atribución estatal de monopolizar el uso de la violencia. El reclamado derecho a ejercer violencia "desde abajo" frente a la injusticia "de arriba", rápidamente iba dejando de ser un argumento discursivo para convertirse en una consigna para la acción.

Otro elemento que se agregó a ese clima de incertidumbre fue la evidencia de que una amplia franja de los sectores medios -vinculados a la izquierda, a la Iglesia o al nacionalismo- se "peronizaba" aceleradamente. A la vez, en el populismo aparecían signos de radicalización, toda vez que algunos dirigentes endurecían su actitud opositora, y diversos grupos internos comenzaban a ver potencialidades revolucionarias en ese movimiento. Así, las clásicas banderas antiimperialistas y de justicia social del peronismo fueron reinterpretadas de acuerdo con los moldes ideológico-políticos de la época. El mismo Perón, acompañando este proceso, gustaría presentarse como líder tercermundista y partidario de un socialismo "con características nacionales". Los contenidos y los contingentes que provenían del nacionalismo, de la izquierda o del catolicismo, le aportaron al peronismo no solo un accionar más radical, sino que expandieron notablemente su base social. En consecuencia, para el sistema político, el problema del peronismo no sólo seguía en pie sino que se había agravado sensiblemente.

Además, dentro del amplio espectro opositor a la dictadura, existía un núcleo «duro» que, desde posturas ideológicas de izquierda, se pronunciaba por el socialismo y descreía de la democracia liberal, de los partidos políticos y del régimen parlamentario. Perón, a su vez, contribuía a ese descrédito con sus críticas a la "partidocracia" y su aliento al movimiento juvenil y revolucionario. Dentro del sindicalismo, por ejemplo algunas tendencias "clasistas" tenían una concepción y una práctica democratizantes pero relativizaban el valor de la democracia "burguesa" y sus instituciones. Fuertemente influenciados por experiencias revolucionarias de otros países del "Tercer Mundo", las organizaciones de la «NI» reivindicaban la violencia como "momento" inevitable de la vida política. Cuando se llamó al Gran Acuerdo Nacional, sus consignas asignaban poco valor a las elecciones convocadas por el general Lanusse, no sólo por lo sospechoso de una salida electoral organizada por la cúpula militar, sino porque además eran vistas como una "trampa" mediante la cual se intentaba distraer al pueblo de sus luchas revolucionarias.

Pese a las diferencias de matices, estos núcleos «duros» coincidían en simplificar el cuadro político en términos de "amigo-enemigo" y en aplicarle una lógica de guerra. Por otra parte, la creencia en la eficacia del poder para operar la transformación social, y una fuerte cuota de voluntarismo, imprimían su sello a los militantes y a buena parte de sus simpatizantes. Dentro del ancho campo de la "NI", los grupos que mejor se adecuaron a esta atmósfera política fueron los que alcanzaron los grados más altos de desarrollo e imprimieron a la movilización popular el estilo y las consignas que luego pasarían a ser emblemas de la época.

Protesta social y política revolucionaria

La sucesión de alzamientos populares y de movimientos huelguísticos en ciudades y pueblos del interior, volvía evidente el carácter nacional y socialmente heterogéneo del descontento. Corrientes, Rosario, Tucumán, Mendoza, Neuquén, enlazaban "de hecho" los reclamos de universitarios, obreros, pequeños productores rurales, comerciantes y maestros, y ponían de manifiesto el hastío político que la Revolución Argentina había provocado. Al mismo tiempo, proliferaban grupos y movimientos de base de la más variada índole, impregnados de una fuerte crítica a lo existente -en nombre de principios "liberadores", y apuntados a la construcción de una "nueva sociedad".²⁷

Este proceso tuvo en las Universidades uno de sus escenarios privilegiados, y en el movimiento estudiantil, una verdadera cantera de la cual emergieron buena parte de los contingentes más jóvenes y radicales de la "NI". La revuelta cultural, la crisis de la izquierda tradicional y la "peronización" de los sectores medios se procesaron en las Universidades, en medio de un intensísimo clima de agitación que no

²⁷ ANZORENA, O.: *Tiempo de violencia y utopía*, Buenos Aires, Contrapunto, 1987; SCHMMER, H.: entrevista publicada en Buenos Aires, revista *Causas y Azares* N° 11, 1994.

solo generó experiencias pedagógicas y políticas innovadoras en su interior, sino que además impulsó a gran cantidad de jóvenes a vincularse con otros ámbitos en los cuales desplegaron su voluntad "revolucionaria".

Este alto grado de conflictividad incluyó una serie de rasgos nuevos en las relaciones entre lucha social y lucha política. En el marco de una ofensiva popular creciente, la expansión de la protesta produjo la eclosión de movimientos sociales de tipo insurreccional, el surgimiento de direcciones "clasistas" en el movimiento obrero, un alto contenido de violencia en la relación entre las clases y la expansión de la idea de la violencia como camino para la rápida transformación social y política. A la vez, los partidos tradicionales -incluidos los de la izquierda- pusieron en evidencia la crisis de representatividad que los corroía con la aparición de sectores internos que los desbordaban, y que muchas veces los fracturaron.

Trabajadores y profesionales de diversos ámbitos -salud, justicia, educación-, levantaban sus reivindicaciones dentro de proyectos de renovación institucional que no sólo impugnaban el autoritarismo vigente sino que, dando un paso más, cuestionaban las formas tradicionales de organización y ejercicio de la autoridad. Desde muchas escuelas y hospitales se luchaba a la vez, por los derechos de los trabajadores y los de los usuarios, a quienes se reconocía capacidad para incidir en la toma de decisiones, provocando una efectiva democratización del poder en la sociedad. Educación con contenidos y métodos "liberadores", comunidades terapéuticas y "antipsiquiatría",²⁸ abogados laboristas o defensores de presos gremiales y políticos, se constituyeron en propagadores de una nueva cultura que privilegiaba la horizontalidad, despreciaba el oscurantismo, y por eso mismo, hacía oposición al autoritarismo militar.

Muchos profesionales, docentes y técnicos, a quienes su trabajo ponía en contacto cotidiano con los sectores más pobres de la sociedad, a la par que comenzaban a asumirse "como trabajadores" y se sindicalizaban masivamente, potenciaban las tendencias igualitaristas de la sociedad argentina al cuestionar los modelos de vinculación vigentes, por ejemplo, entre maestros y alumnos o entre médicos y pacientes. Al mismo tiempo, y como parte del mismo proceso, consideraron parte de su responsabilidad como trabajadores el defender la salud y la educación "popular" o la vigencia de las libertades públicas.

Puede considerarse que los llamados "nuevos movimientos sociales", que se expandieron durante los años '80 tuvieron un vigoroso antecedente en aquellos que -una década antes- supieron ligar reivindicaciones particulares con proyectos de carácter colectivo. La solidez de ese vínculo hizo que, por lo general, las demandas se politizaran rápidamente de la misma manera que muchos militantes sociales se convertían velozmente en dirigentes políticos.

Esa fluidez en las relaciones entre organizaciones de base y grupos políticos potenciaba a ambos, al tiempo que aumentaba los temores de los sectores dominantes y de las jerarquías establecidas. Así, militantes y dirigentes de esas organizaciones sociales fueron convirtiéndose en objetivos de la represión que tendió a desarticularlos y a cortar los lazos que los unían con la población.

Por otra parte, la aceleración del proceso político hizo que buena parte de los miembros de esos grupos ingresaran a organizaciones políticas y político-militares y relegaran a un segundo plano su trabajo "en las bases", con lo cual contribuyeron también a que quedaran trunca muchas de aquellas experiencias.

En el campo del movimiento obrero, el desarrollo de las tendencias "combativa" y del "clasismo" fue, sin duda, uno de los rasgos más salientes de la protesta social y la agitación política desatada en el país durante aquellos años.

Esta particular experiencia de la clase obrera argentina, que se desarrolló desafiando permanentemente a la tradicional dirigencia sindical peronista, obtuvo sus mayores logros en el interior del país y alcanzó su máxima expresión con el clasismo de Sitrac/Sitram.²⁹

En todas estas experiencias, lo novedoso e impactante fue el alto grado de protesta desarrollado por los trabajadores. Paros activos, tomas de fábricas y de rehenes, protestas callejeras, inquietaron a los sectores patronales. Aunque heterogéneo, este conjunto de grupos y tendencias, compartía ciertos rasgos que permiten identificarlos como renovadores y alternativos dentro del sindicalismo argentino. Los objetivos y la práctica gremial que propiciaban los ubicaba más cerca de la "NI" y del peronismo radicalizado que de la dirigencia sindical establecida.

En el caso del "clasismo" además de producir innovaciones en el liderazgo sindical, impulsó la movilización permanente de sus bases y una fuerte politización de sus demandas. Entre sus militantes y dirigentes, junto a numerosos militantes espontáneos, se contaban activistas de todos los grupos radicalizados.

²⁸ VEZZEM, H.: "Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta" Buenos Aires, revista Punto de Vista N° 54, 1996; CHAMA, M.: "La expansión de los límites de lo posible: experiencias innovadoras en el campo de la salud mental hacia fines de los años '60", en este mismo volumen.

²⁹ Entre los trabajos que pueden citarse se cuentan los que figuran en la nota 11.

Pareciera que estos dirigentes, siguiendo su propia lógica, se fueron distanciando de las experiencias y expectativas de buena parte de los trabajadores y del resto de los sindicatos -aún los de carácter combativo- que, por no compartir su clasismo radical, eran considerados "reformistas". Además, un progresivo divorcio entre la práctica sindical y la filiación política de la mayor parte de los trabajadores, favoreció el aislamiento de los dirigentes y la interrupción de las ricas experiencias gestadas.

La percepción del papel cumplido por los trabajadores en el proceso de activación popular y de oposición a la Dictadura, fue un elemento central en la aceleración de la crisis política que precedió a la convocatoria del GAN, y los convirtió a la vez, en objeto de una sistemática represión.

El clima de cuestionamientos y radicalización que caracterizó a la época alcanzó también a importantes grupos de la Iglesia Católica. A partir del Concilio Vaticano II, y sobre todo de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín (1968), la Teología de la Liberación y la "opción por los pobres" se difundieron rápidamente entre religiosos y laicos.³⁰ Muchos de ellos estaban vinculados con sectores populares entre los cuales desarrollaban tareas pastorales y "sociales"; otros militaban en el movimiento estudiantil católico y estaban ansiosos por insertarse en "la realidad", para transformarla; algunos grupos, que provenían preferentemente de los sectores medios, eran sensibles a las nuevas opciones políticas a la vez que reclamaban renovación en las costumbres, asfixiados por el dogmatismo moral de la jerarquía.

La Juventud Estudiantil Católica y el Movimiento Familiar Cristiano entre otros, venían precedidos por las experiencias de los "curas obreros" que habían propuesto otro marco para las tareas de evangelización, volviendo algo borrosos los límites entre acción pastoral, práctica sindical y actividad política. Abiertos al diálogo con corrientes marxistas y socialistas, la mayor parte de ellos procesó las nuevas temáticas a través de su "peronización".

En muchos casos, y debido a la resistencia que encontraron dentro de la institución, muchos católicos -sin dejar de serlo- radicaron su militancia por fuera de la Iglesia; sólo unos pocos obispos -como los de Goya, Neuquén o Avellaneda- dieron cobijo e impulso a las nuevas tendencias.

El grupo católico de mayor resonancia fue, sin duda, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, constituido formalmente en 1968, y que llegó a agrupar a unos cuatrocientos sacerdotes. De fluidas relaciones con la C. O. T. de los Argentinos y con el peronismo "revolucionario", facilitó la incorporación de numerosos jóvenes católicos a la política. El trabajo en "villas miseria" y barrios pobres, entre pequeños y medianos productores rurales del nordeste así como su simpatía por las organizaciones armadas -en particular "Montoneros"- orientaron el accionar de un importante grupo de católicos que, como en el resto de América Latina, tenían en Camilo Torres su figura emblemática.

En el ámbito de la izquierda tradicional, durante de los '60, venían manifestándose una serie de tensiones largamente acumuladas.³¹ Las más tradicionales discusiones entre "reformistas" y "revolucionarios" o entre socialistas, comunistas y trotskistas, se veían complicadas ahora por los debates sobre la URSS y el stalinismo, la experiencia china, y sobre todo, por el impacto de la Revolución Cubana que había instalado el tema de la "toma del poder".

Al mismo tiempo, la revisión de la experiencia peronista precipitó a estos sectores hacia un proceso de intensa fragmentación. Las discusiones sobre las estrategias adecuadas, y el papel de la lucha armada en ellas así como el carácter de la organización política a construir y el tipo de relación que debía mantenerse con el peronismo, fueron algunos de los ejes en torno de los cuales se produjeron divisiones y reagrupamientos.

Vinculados o no con organizaciones armadas, en estos grupos y partidos existía la certeza de que la apelación a la violencia popular sería inevitable en algún momento del proceso revolucionario.

Del campo del socialismo emergieron el Partido Socialista de Vanguardia y Vanguardia Comunista. Grupos desprendidos del primero contribuyeron a constituir el Ejército de Liberación Nacional (E. L. N.),

³⁰ Además de la bibliografía de las notas 7, 9 y 10, nos apoyamos en entrevistas a sacerdotes y laicos que protagonizaron esas experiencias realizadas por A. Matus, N. Calcagno y G. Benza, como parte de sus respectivos trabajos de investigación: "Iglesia y peronismo; ¿el nombre del desencuentro?, 1996 y "El proceso de radicalización de la política en la Villa Retiro (del Cordobazo al Frejuli)", 1997.

³¹ Sobre las fracturas en los partidos de la izquierda tradicional, las referencias bibliográficas son sumamente escasas y fragmentarias. Algunos trabajos recientes se orientan en esa dirección: TARCUS, H.: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Prondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996; CERNADAS, J., PITTALUGA, R. y TARCUS, H.: "La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión", *El Rodaballo*, N° 8, 1998. En cuanto a la constitución de las organizaciones guerrilleras, ver nota 12 y el reciente e interesante trabajo de Gabriel Rot. "Masetti, el 'Comandante Segundo', y los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina", *El Rodaballo*, Nros. 6-7, 1997.

pensado para confluir con el Che en Bolivia; otros dieron origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR, 1967), dirigidas por R. Quieto, que más tarde se unirían a Montoneros.

El Partido Comunista por su parte, sufrió su mayor escisión a mediados de 1967 cuando de sus filas se desprendió el Partido Comunista Revolucionario, además de quienes habían emigrado al E. L. N.

Por otra parte núcleos provenientes del P. C. y del P. C. R. organizaron las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), en 1968. Además, desde 1967 existían las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), integradas por grupos originarios de la Juventud Peronista y del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara.

Por su parte, el trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores se desdobló en "la Verdad" y "El Combatiente" en 1968. Este último, dirigido por Mario R. Santucho, creó el Ejército Revolucionario del Pueblo (E. R. P.), mientras que el primero -liderado por Nahuel Moreno- se fundió con un sector del Socialismo Argentino, dando origen al Partido Socialista de los Trabajadores (R. S. T.), en 1972.

Durante 1970, y a partir del resonante hecho del secuestro y muerte del general Aramburu, hizo su aparición la organización Montoneros, completando así la complejización del peronismo y convirtiéndose en eje de sus sectores "revolucionarios".³²

A partir del Cordobazo, las organizaciones armadas emergieron con toda su potencia. Fuertemente ligadas a las transformaciones producidas en la izquierda y en el peronismo, se situaron en el centro de la escena política, como "avanzada" de la nueva oposición. Para todas ellas, el alzamiento de mayo confirmaba que la revolución era posible en la Argentina, y atentas a la experiencia chilena de la Unidad Popular y a la de los Tupamaros en Uruguay, pensaban que la "violencia popular" debía convertirse rápidamente en "violencia armada" dentro de un proceso de guerra integral.

La identificación entre la "causa del pueblo" y el accionar de las vanguardias, junto con la firme creencia en la "victoria final» llevó muchas veces a estas organizaciones -integradas mayoritariamente por jóvenes- a minimizar los reveses sufridos, considerándolas meras derrotas tácticas. Por otra parte, el rápido crecimiento de las organizaciones contribuyó también a ocultar que el sentimiento antidictatorial de la población no implicaba -necesariamente- una voluntad revolucionaria.

Si algo apareció como típico en aquellos años, fue el hecho de que la negociación hubiese desaparecido del horizonte de los contrincantes. A la afirmación hecha por el general Lanusse acerca de que el país estaba "en guerra" las organizaciones armadas respondieron con la consigna de la "guerra popular" y se dedicaron a la creación del "ejército popular".

Si el sistema político estaba abiertamente apoyado en la fuerza militar, el descreimiento en la participación democrática y en la apertura parecían justificarse. Consecuentemente con ello, existía en franjas importantes de la población un cierto clima favorable a la violencia, que no estaba totalmente injustificado mientras no existiera una salida amplia que reparara tantos años de proscripciones.

Cuando a fines de 1970 se organizó la Hora del Pueblo, y luego Lanusse convocó al GAN³³ la consigna que mejor reflejaba el espíritu de la "NI" era la de "ni golpe ni elección, revolución". Para algunos, la violencia no sólo estaba justificada desde el punto de vista de la legitimidad de la oposición a un sistema que hacía uso indiscriminado de ella, sino que además era necesaria para hacer posible el regreso de Perón y para doblegar a Lanusse, embarcado en una estrategia de acumulación de poder personal. Perón por su parte, alentaba las demandas de las organizaciones armadas, a la vez que se ofrecía como árbitro capaz de revertir el proceso de radicalización de la vida política argentina.

"El desvío"

Desde nuestro punto de vista, si algo caracterizó a la "NI" fue la intensidad y fugacidad de su presencia en la escena política. A partir del breve período transcurrido entre 1969 y 1973, absorción y desvío o aislamiento y derrota son las ideas más frecuentemente evocadas a la hora de buscar explicaciones para el fracaso de su proyecto «revolucionario".

Pese a su "ubicua presencia"³⁴ la "nueva oposición" careció de una estrategia unificada. Las corrientes políticas que la conformaron fueron recogiendo y expresando aspiraciones democratizantes y progresivas de diverso tipo, y eso las hizo aparecer ante el poder con más potencialidades que las que

³² BERNETTI, J.: *El peronismo de la victoria*, Buenos Aires, Legasa, 1983; GUILLESPIE, R.: *op. cit.*

³³ POTASH, R.: *El Ejército y la política en la Argentina. 1962-73*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, tomo 2;

ROUQUIÉ, A.: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*; Buenos Aires, Hyspamérica, 1982, tomo 2;

O'DONNELL, G.: *op. cit.*; DE AMÉZOLA, G.: "Lanusse o el arte de lo imposible. El lanzamiento del GAN", en este mismo volumen.

³⁴ O'DONNELL, G., *op. cit.*

efectivamente pudieron demostrar posteriormente, cuando ese amplio movimiento comenzó a ser neutralizado a partir del lanzamiento del GAN.

A pesar de su impactante presencia, la multiforme eclosión popular contenía un rasgo de debilidad que contribuyó a su fracaso: la carencia de claras propuestas programáticas y la imposibilidad de constituirse en fuerza política unificada, la dejó atrapada entre el peronismo y las organizaciones armadas.

Esta incapacidad para generar un movimiento político autónomo estaría en la raíz de su derrota, que se produjo por combinación del encauzamiento de la energía social en los marcos de la democracia parlamentaria -y bajo la conducción de un líder del "viejo capitalismo" argentino-, con el aislamiento de los grupos que profundizaron una línea militarista.

Pese al alto grado de conflictividad y al frecuente recurso a la violencia por parte de los sectores subordinados, la persistencia de identidades políticas sólidamente arraigadas, parece haber sido más poderosa que el impulso de las corrientes "revolucionarias". Los grupos -armados o no- que pretendieron desarrollarse al margen del imaginario del populismo, fueron los primeros en quedar políticamente aislados cuando el peronismo se aglutinó tras la consigna del "luche y vuelve". Para las organizaciones de la "izquierda peronista" ese momento se demoró un poco más, aunque no tardaría en llegar.

No puede dejar de anotarse, como rasgo que contribuyó a la debilidad de la "NI", la existencia de cierta ambigüedad política dentro de su propio ámbito, toda vez que una parte sustancial de ella formaba parte, simultáneamente, de otro campo político que se unificaba en el reconocimiento del liderazgo de Perón. Esa doble pertenencia le había permitido a la izquierda peronista revolucionar al populismo y a la vez extraer de allí buena parte de su legitimidad social y política.

Por otra parte, el ensanchamiento de la base social del peronismo que este hecho produjo, contribuyó posteriormente a la estrategia de Perón, cuyo liderazgo había permanecido cuidadosamente incuestionado, aun al precio de sorprendentes operaciones discursivas destinadas a salvar obvias contradicciones, o asimilar costosas derrotas. A partir de que se hiciera dato el apoyo de Perón al proceso eleccionario, resultó evidente que el "peronismo revolucionario" estaba atrapado entre dos lógicas. Y si bien evidenció ductilidad ante el desarrollo de los acontecimientos políticos no pudo evitar que, más adelante, la contradicción se resolviera con su progresivo aislamiento.

Tal vez en este difícil terreno se encuentre alguna de las claves que permitirían descifrar el fenómeno del "desvío" de la oposición radicalizada. Puede pensarse que, a partir del lanzamiento del GAN, Perón no sólo fue el principal capitalizador político del "espontáneo" movimiento de protesta, sino que tal vez haya sido también el principal disolvente del elemento "autónomo" que él contenía.

Mirado desde el lado de los grupos provenientes del campo de la izquierda, el flanco débil podría buscarse tanto en su original fragmentación como en el hecho de que, si bien la tradición socialista era antigua en el país, no había logrado nunca penetrar profundamente en la cultura política popular. Así fue como organizaciones nuevas -y generalmente formadas por jóvenes con escasa experiencia política- se encontraron frente a amplios sectores activados y atraídos por consignas de corte socialista, pero carentes de tradiciones y liderazgos sólidos. En buena medida, los mismos integrantes de esas organizaciones habían hecho su ingreso a la política teniendo como único antecedente una militancia social, muchas veces de carácter espontáneo.

Por otra parte, el énfasis que generalmente pusieron en los aspectos ideológicos y morales -la construcción del "hombre nuevo"-, contribuyó a que adquirieran ciertos rasgos de "subcultura" política, cuya radicalidad acentuó las diferencias con el imaginario político popular.

Sin embargo, no deja de asombrar el vertiginoso crecimiento que tuvieron estas organizaciones -en particular las armadas- a lo largo de todo el período. Para contribuir a explicarlo sería necesario identificar las fracturas de la sociedad argentina sobre las cuales se asentó este fenómeno a la vez político, generacional y cultural.

Cuando el proceso eleccionario se volvió una realidad y la reinstalación del juego político dio pie a otras opciones, las organizaciones armadas -así como otros sectores "duros" de la "NI"- comenzaron a detener su crecimiento. Más adelante, durante el gobierno constitucional surgido en 1973, irán apareciendo los síntomas de una crisis que, a partir del año siguiente, se manifestaría plenamente. Las organizaciones armadas entraron entonces en una fase de progresivo aislamiento, y su casi solitario enfrentamiento con las Fuerzas Armadas las condujo a la definitiva derrota.³⁵

Con bastante frecuencia se vincula la derrota de todo el movimiento popular con las organizaciones armadas y su estrategia. Es común sostener que la derrota habría comenzado cuando la protesta "espontánea"

³⁵ BERNETTI, J.: *op. cit.*; MATTINI, L.: *op. cit.*; SEOANE, M.: *op. cit.*; GUILLESPIE, R.: *op. cit.*

se ligó con el accionar de dichas organizaciones, o simplemente cuando éstas intentando "capitalizar" el descontento social, atrajeron sobre él la represión.³⁶

En ocasiones, este fenómeno es analizado poniendo de relieve el elemento de espontaneidad contenido en la protesta, lo cual es ligado a su vez, con la autonomía de los sectores sociales involucrados por contraposición con las formas organizadas de la acción política. La protesta popular suele aparecer dotada, entonces, de una suerte de virtud original que estaría ausente en el accionar racional y sistemático, dirigido a transformar aquello que originó la revuelta "espontánea". Si bien seguramente estos son elementos que aportan a la explicación, sería interesante invertir algunas de las preguntas e indagar en las razones por las cuales la activación popular evolucionó rápidamente hacia la consolidación de los grupos armados, mientras que los que diseñaron otras estrategias no lograron crecer políticamente.

Podría pensarse que la expansión de las organizaciones armadas, y la centralidad política que alcanzaron, se debió a que se adecuaron mejor a la dinámica del conflicto y a la lógica política predominante no sólo en las "vanguardia" sino también en amplias capas de la población que veían con simpatía su accionar, y que no tenían un apego especial por las formas de la democracia liberal.

Sin embargo, la "virtud" del GAN habría consistido en religar crisis social y conflicto político ya que, a pesar del incremento de la violencia, los objetivos de lucha se habrían ido circunscribiendo a los de carácter político, en detrimento de la contestación social.³⁷

En lo referente a la vinculación entre protesta social y actividad política, sería interesante indagar en las razones por las cuales, una sociedad en proceso de activación y que había comenzado a asomarse a una nueva cultura política, resolvió mayoritariamente su radicalización dentro de los marcos brindados por el populismo.

Si se acepta esta perspectiva para el análisis, la interpretación del cuadro de generalizada radicalización política no conduce necesariamente a la idea de "crisis de hegemonía".³⁸ La radicalización de las prácticas políticas puede haber operado como elemento unificador ante la dictadura militar, sin implicar un grado similar de homogeneidad político-ideológica.

En tal sentido resulta muy sugestiva la interpretación de J. C. Torre³⁹ cuando señala como peculiaridad del período que se abrió con el Cordobazo, la confluencia de dos generaciones en la lucha política: la de la "resistencia" y la de los jóvenes que crecieron durante el posfrondizismo. La "política de los intereses de clase" de unos y la "revuelta moral" de los otros se habrían juntado entonces empujados por la Revolución Argentina, para volver a separarse después, cuando Perón reasumió la dirección política de su movimiento y lo condujo hacia la legitimación dentro de un sistema que los jóvenes repudiaban.

Desde nuestro punto de vista, y aceptando esa interpretación, es posible pensar que esa compartida radicalización política puede haber facilitado la consumación de un grandioso equívoco toda vez que los trabajadores creyeron que los jóvenes de los sectores medios se habían incorporado sin más al peronismo, y éstos a su vez pensaron que la clase obrera compartía su proyecto revolucionario. El desarrollo de los acontecimientos mostraría posteriormente que, ni el despuntar de posiciones clasistas entre los obreros, ni la interpretación mítica del peronismo hecha por los jóvenes alcanzarían para impedir que la brecha volviera a abrirse.

Puede pensarse entonces, que la "NI" operó en la escena política como "peligro" -y aun como "enemigo"- mientras estuvo a la vanguardia de la lucha contra la dictadura. Pero una vez que ésta organizó su retirada, y la proscripción y la clausura dejaron su lugar a la puja entre "adversarios", la "NI" fue quedando fuera del juego de opciones políticas que se abría. La radicalidad de las metodologías y de sus "metas finales" se combinó, en muchos casos, con cierta vaguedad programática. O dicho de otro modo, la enunciación de objetivos y la agitación de consignas, sustituyó muchas veces a la elaboración de respuestas políticas adecuadas al "desafío" que ahora le planteaba el general Lanusse, al proponer a la sociedad otra vía para salir del gobierno militar, de las proscripciones y de la crisis.

Oscilando entre el "basismo" y el "militarismo", la "NI" había expresado hasta entonces no sólo la oposición o la dictadura sino también el descrédito en que había caído la política. Pero esa oscilación expresaba también cierta incompreensión de la importancia del trabajo político y organizativo, y al descuidarlo, en cierto modo dejó una vacante en el espacio propio de la política.

³⁶ GIUSSANI, P.: *Montoneros. La soberbia amada*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984; BROCATTO, C.: *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985; Sebrelli, J.: *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, 1982.

³⁷ CAVAROZZI, K: *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*, Buenos Aires, Ariel, 1997; AMARAL, S. y BEN PLOTKIN, M.: *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993.

³⁸ PORTANTIERO, J. C., *op. cit.*

³⁹ TORRE, J. C., *op. cit.*

A la vez, esa incomprensión, ligada a la esperanza de reproducir la experiencia cubana -como camino rápido y heroico-, sumergió a muchos en una dialéctica que condujo a cada vez mayor violencia, y a subestimar la capacidad de respuesta del Estado desde el punto de vista militar, y también político-ideológico.

Además, en algún momento, la persistencia de la violencia comenzó a ser vista como "ajena", y las "vanguardias" pasaron a aislarse de las masas. La simpatía que en una etapa despertaron resultó ser algo diferente a la participación efectiva en un proceso revolucionario. Desde nuestro punto de vista, el verdadero problema consiste en detectar el momento y los aspectos a partir de los cuales se "distanciaron" del accionar y de la conciencia de la mayoría.

Pensamos que no se ayuda a ello cuando se las piensa como "ajenas" o externas al movimiento popular en el que, simplemente, habrían tratado de "implantarse"⁴⁰ y sobre el que sólo habrían logrado atraer la represión. Esta "satanización" de las organizaciones político-militares -producida con posterioridad a su derrota- parece equivalente a la idealización de la que fueron objeto durante los años que siguieron al Cordobazo.

Conocida la secuencia que siguió, parece necesario comprender mejor ese mundo que hoy parece tan lejano: las fuerzas que en él se agitaban, los enfrentamientos que le eran propios, las diversas estrategias de grupos y partidos, el grado en que ellos expresaban la conciencia social y la medida en que la hicieron avanzar, así como también el momento y los aspectos, a partir de los cuales comienza a producirse el distanciamiento. Porque, si bien ese período marcó un momento de auge para la izquierda en nuestro país, su posterior distanciamiento respecto del movimiento popular, generó un doble efecto. Por un lado, los grupos radicalizados fueron quedando aislados, con lo cual se facilitó su ulterior derrota; por otro, los amplios sectores que buscaban renovación quedaron políticamente huérfanos cuando se retrajeron ante propuestas que desbordaban los límites de su identidad.

De esta manera, se facilitó su posterior recaptura por parte de los dirigencias tradicionales que, por un breve período, parecían haber perdido su capacidad de representación y liderazgo. Comprender este proceso requiere tomar en cuenta, también que, en el imaginario político nacional, la tradición de "autonomía" -entendida como autoorganización y fijación de los propios objetivos por parte de los sectores populares- es menos fuerte que las expectativas de mejoramiento ligadas a una larga tradición estatista y distribucionista. Más aún cuando el líder -y símbolo- de esa tradición reingresa activamente a la vida política y lo hace con un discurso que incorpora elementos que radicalizan su populismo original.

La trayectoria de numerosas organizaciones de la "NI", incluidos el "clasismo" y algunos partidos "revolucionario" de temprana formación, muestran las dificultades que entrañó la constitución de una alternativa política al peronismo y a las organizaciones armadas. Sin embargo muchos de aquellos grupos y experiencias, surgidas de los procesos de renovación de la izquierda, parecen haber contribuido decisivamente en la gestación del clima de época, al haber proporcionado nuevos marcos políticos a la protesta y facilitado la politización de numerosos militantes "espontáneos". Puede pensarse que esos procesos que convulsionaron a la izquierda, ayudaron a crear un movimiento de masas cuya amplitud superó rápidamente su capacidad para organizarlo y dirigirlo. Debería recordarse que buena parte de los grupos armados, surgieron de esos procesos de renovación de la izquierda, y que aún la radicalización del peronismo no fue ajena a ese proceso.

En el análisis de todas esas experiencias debería tenerse en cuenta que -siendo diferenciables- protesta social, activación política y lucha armada emergieron como partes componentes de un mismo proceso, y que justamente la percepción de este hecho, fue la que disparó los temores de las clases dominantes y de las Fuerzas Armadas. Y que allí comenzó a gestarse la estrategia del GAN que apuntaba a relegitimar al peronismo, con la esperanza de aislar políticamente a los "enemigos", reconstruir el poder estatal y hacer gobernable a la sociedad.

De manera especial, interesa entender por qué esos sectores, que tuvieron suficiente presencia como para dar un tono "revolucionario" a la activación social e incidir en las estrategias de Lanusse y de Perón, en algún momento se distanciaron del movimiento popular -o perdieron autonomía- y no pudieron evitar que ambos generales, aun disputando entre sí, les ganaran la partida.

⁴⁰ HALPERÍN DONGHI, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994; ROUQUIÉ, A.: *op. cit.*

POST SCRIPTUM: LA CONSTRUCCIÓN DE UN CAMPO TEMÁTICO

María Cristina Tortti

Una de las hipótesis que estructura al trabajo precedente sostiene que el proceso político que se abre con la convocatoria al Gran Acuerdo Nacional y culmina con las elecciones de 1973 no puede ser entendido si se omite el dato de la sensación de "amenaza" provocada por la creciente oposición social y política que, haciendo blanco en la Revolución Argentina, desbordaba hacia los fundamentos mismos de la organización social y de la dominación estatal. Y que, si bien esta "nueva oposición" o "nueva izquierda", se volvió particularmente amenazante a partir de la eclosión social del '69 y del crecimiento de la guerrilla durante los '70, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior.

Lo novedoso de esa "oposición" consistía en que, tanto en la sociedad como en la política, el clima de malestar creciente tendía a cuestionar el ordenamiento habitual de la vida social y a desafiar las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad y de la representación. Si bien es sabido que en esa crítica de lo existente, y en los intentos de construcción de lo nuevo, convivían impulsos culturales modernizantes y diversos grados de radicalidad política, sus formas de combinación aún no han sido suficientemente esclarecidas.

Por ello, resulta de crucial importancia que la investigación socio-histórica se abra a un conjunto de interrogantes que permita avanzar en la identificación de las razones por las cuales, en esta sociedad, se dio entonces esa tan singular combinación de circunstancias que hizo que se volvieran a trazar de manera radical las fronteras entre lo privado y lo público, y que aumentara la dimensión de este último ámbito en una proporción no vista antes. Además, parece conveniente prestar atención a la naturaleza compleja -y al vertiginoso crecimiento- de esa fuerza social y política en la cual una variedad de actores, coincidía tanto en el repudio al autoritarismo como en la desconfianza hacia las reglas e instituciones de la democracia "formal".

En líneas generales, los estudios sobre la "nueva izquierda" con los que hasta ahora se cuenta, no ofrecen una satisfactoria combinación entre marco analítico y sustento empírico que permita dar cuenta de la variedad, extensión e intensidad de un proceso que, si bien se resolvió en el nivel político, tenía raíces sociales y culturales de más largo alcance.

Parece indudable que, por su importancia y complejidad, la cuestión requiere la conformación de un campo temático capaz de contener a este heterogéneo fenómeno en sus múltiples dimensiones empíricas e implicancias teóricas. En tal sentido, un camino que podría comenzar a transitarse es el de la reconstrucción de "casos" a partir de interrogantes que, al vincular objetivos específicos con hipótesis e interpretaciones más abarcativas, tengan capacidad para interpelar a la variedad de procesos y actores que conformaron la «nueva izquierda». Además, una estrategia de este tipo posibilitaría que esas interpretaciones entraran en un proceso de sostenida discusión, y que al contar con nuevo material empírico, desplegaran el potencia; explicativo que encierran. ¿Fue la acumulación de "dilemas irresueltos" y de "crisis superpuestas" la que generó las condiciones políticas y el estado de ánimo colectivo que predispusieron a la búsqueda de soluciones radicales? ¿Cuál fue el papel que jugó la persistente ilegitimidad del régimen político? Fue esa ilegitimidad la que privó de sus velos al Estado y lo expuso ante la mirada pública como pura dominación? ¿Fue el «bloqueo tradicionalista» el que empujó hacia formas radicales a los impulsos innovadores de los '60? ¿O será, tal vez, que ellos se vieron sofocados por la difusión de ideas "revolucionarias" y por el auge de la violencia política? En tal caso, ¿por qué esas ideas llegaron a convertirse en ideales y empujaron a tantos a la acción? ¿En qué fisuras pudieron anidar? ¿Con cuáles expectativas se conectaron?

Para comenzar a buscar las respuestas, o especificar las preguntas, resulta imperioso dirigir la atención a diversos espacios y grupos en los cuales, al menos desde mediados de los '60, la sociedad había comenzado a bullir y a generar puntos de ruptura. Esto es lo que hacen los cuatro trabajos que a continuación se presentan. Y lo hacen eludiendo la tendencia -tan común en los estudios sobre la "nueva izquierda"- a centrarse en el fenómeno de la violencia política circunscribiéndola al accionar de las organizaciones guerrilleras. Sin ignorar que esas organizaciones constituyeron la forma más osada del desafío, muestran que ellas formaban parte de un conjunto más diversificado que -pese a su heterogeneidad- estaba emparentado por su común oposición al "sistema" y por un estilo que siempre incluía violentar convenciones y desafiar poderes.

Estos cuatro "casos" muestran una interesante variedad de procesos, actores y situaciones poco estudiados -hasta ahora- en su condición de componentes; del campo de la "nueva izquierda". Y son

también una muestra de la perspectiva teórico-metodológica que aquí proponemos. Es seguro que ellos no agotan el fenómeno, y que un número importante de experiencias aún permanece sumergido en el recuerdo de los protagonistas o circula en pequeños grupos, bajo la forma de relatos transmitidos oralmente: son los múltiples fragmentos de una historia y de un mundo que, muy recientemente, la literatura testimonial ha comenzado a recoger. En ellos asoman, junto con los hilos de esa historia no reconstruida, escenas y personajes que reclaman una mirada atenta, capaz de dar visibilidad a la cadena de relaciones y significados con la cual se tejió la trama de la que formaron parte esos pequeños mundos.

En ese espacio aún vacante, y sin pretender colmarlo, se ubican estos estudios de "casos" que tienen la virtud de identificar actores y procesos en su carácter de componentes de la "nueva izquierda", a la vez que los recortan de la masa indiferenciada en la que habitualmente se los encierra. Por otra parte, en la construcción de los relatos, la combinación de abundante material empírico con criterios analíticos consistentes, ha evitado el riesgo de confundir la voz de los protagonistas con la explicación socio-histórica.

Las minuciosas reconstrucciones permiten asomarse a algunas de las formas que tomó el engarce entre "clima de época" proyectos grupales y objetivos políticos que dio especial densidad a la vida social durante aquellos años. Por otra parte las historias, a medida que se despliegan, permiten vislumbrar el sentido que fueron tomando muchas trayectorias individuales así como las opciones a las que se vieron enfrentadas. A la vez, en los relatos, es posible observar cómo se fueron delineando zonas de conflicto, y cómo en muchos casos, los enfrentamientos a que daban lugar superponían campos de intereses con combates por la definición del sentido político de esos mismos enfrentamientos, en tanto eran percibidos como episodios de una batalla mayor.

Nuevas prácticas terapéuticas y redefinición de roles en instituciones de salud mental, debates y experimentación en el campo de las vanguardias plásticas, disputas por la interpretación del sentido político de los acontecimientos nacionales en un diario "moderno": todo conduce a enfrentamientos, que a su vez, parecen politizarse inevitablemente. Es por eso que resulta de sumo interés adentrarse en algunos de esos itinerarios trazados dentro del campo de la "nueva izquierda". En unos casos, se evoca el clima político reinante en ciertos medios intelectuales, profesionales y artísticos -aún antes del Cordobazo-, en los que la idea de violencia parecía circular con naturalidad, y en los cuales el accionar de las organizaciones político-militares operaba como modelo para la acción. En otros se muestran las estrategias ensayadas por un grupo de jóvenes psicólogos para impulsar una experiencia de "comunidad terapéutica" que creciendo desde los márgenes, logró expandirse dentro de una institución tradicional, al tiempo que radicalizaba sus posturas teóricas y políticas. O la apuesta de un puñado de periodistas, también jóvenes, que parecen convertir a la opinión pública en objeto de disputa con el director-propietario del medio en el que trabajan.

Resulta de particular interés el registro que los trabajos presentan respecto de la vinculación entre diversos ámbitos de la militancia social y política, así como entre sus formas más o menos orgánicas o espontáneas: avenidas de doble mano que permitían transitar de la protesta a la denuncia del "sistema", y desde la organización "revolucionaria" a la redefinición de roles y ámbitos institucionales. Uno de los autores muestra un aspecto de esa vinculación -o una de las formas que asumió- cuando hace notar que, en muchas de las "tomas" producidas durante el gobierno de Cámpora, los ocupantes expresaban el sentido político de su acción desplegando carteles con el nombre de alguna de las organizaciones armadas, aunque el hecho no fuera protagonizado ni asumido por ellas. Otro de los autores percibió este tipo de vínculos desde el ángulo de las "múltiples militancias" que solían desarrollar los miembros de estos grupos, y a través de las cuales es posible detectar un núcleo de vital imbricación entre proyecto individual, rol profesional y compromiso político. Todas estas historias parecen mostrar que ese carácter militante, a la vez que daba solidez a los grupos y alimentaba la radicalidad de las experiencias, las acercaba a límites difícilmente tolerables por las instituciones, toda vez que sus propuestas rozaban las relaciones de poder establecidas.

Así miradas las cosas, el corto e intensísimo proceso de las "tomas" de 1973 pareciera ser la culminación de todo el ciclo de radicalización y un resumen del espíritu y la metodología de la "nueva izquierda". Sin embargo, un "dato" sorprende y obliga a matizar la apreciación: aproximadamente la mitad de esas "tomas" fueron protagonizadas por sectores de la derecha. La contundencia del "dato" impulsa a volver sobre algunos de los interrogantes más generales planteados en el trabajo precedente, en particular el que invita a no dar por descontada la identidad entre práctica política radicalizada y metas de carácter "revolucionario".